

## FORJADORES DE LA VISIÓN PANCARIBEÑA DEL ESPACIO CULTURAL

Emilio Jorge RODRÍGUEZ\*

El pensamiento antillanista de finales del siglo XIX estuvo incentivado por la aglutinación de personalidades que propugnaron y promovieron vías de confederación, en el cual la Guerra del 95 cubana fue elemento catalizador. El apoyo que brindan a esa gesta de liberación destacados antillanos como Eugenio María de Hostos, Ramón Emeterio Betances, Federico Enríquez y Carvajal y Anténor Firmin incluyó una cruzada en el periodismo, convertido en instrumento para la movilización de las conciencias en respaldo a los mambises. Esa contienda atrajo además la atención de la intelectualidad regional, que vertió ese tema en expresiones de solidaridad, como el poeta romántico haitiano Oswald Durand, el dominicano Arturo Pellerano Castro y los puertorriqueños Lola Rodríguez de Tió, José de Diego, Luis Llorens Torres y Francisco Gonzalo “Pachin” Marín (quien entregó su pluma y su vida por la independencia cubana), o en textos con variados ingredientes de ficción, como la novela del martiniqués René Bonneville, *La Vierge Cubain* (1897), (Rodríguez, 2001: 84-107). Pero la intención de esta comunicación se centrará en avanzar en el tiempo para bosquejar someramente las ideas de un grupo de intelectuales paradigmáticos del siglo XX que han contribuido a la gestación de una geografía cultural pancaribeña, con un engrosamiento, a la vez, del espacio regional.

José Martí se percató lúcidamente de la cercanía espiritual y “dolorosa” entre antillanos; así la incorporó como cavilación y ejercicio a su ideario. A menudo se alude a cuánto perfiló su sensibilidad la experiencia de infancia ante la muerte de un esclavo. Una sensibilidad que encontraría similares sufrimientos en los ocasionados por el sistema colonial a los descendientes de africanos esclavizados en el resto de nuestras hermosas tierras caribeñas: más allá de un mar que simultáneamente separa y vincula, como avizoraban los archiconocidos

\* Ensayista y crítico cubano. Fue Director del Centro de Estudios del Caribe, Casa de las Américas. Director, desde su fundación en 1981, de la Revista *Anales del Caribe*. Miembro de la Cátedra de Estudios de la Universidad de La Habana.

versos de la puertorriqueña Lola Rodríguez de Tió (“Cuba y Puerto Rico son / de un pájaro las dos alas; / reciben flores o balas / sobre el mismo corazón”)<sup>1</sup> o los versos —en cercano símil— del poeta jamaicano Tom Redcam, [Thomas H. MacDermot], admirador de la lucha en la manigua cubana; a él se debe, entre otros textos, el poema titulado “Cuba” —emotivamente subtítulo “Lo que el corazón del jamaicano dijo a Cuba en 1895”—, donde se respira un aire de conspirativa hermandad, al expresar:

...como dos amantes  
 uno somos en el dolor y la alegría,  
 mutuo amor que es conocido  
 pero aún no debe ser mostrado.  
 Hemos sellado con un apretón de manos  
 el amor que no confesamos.

[...we like lovers twain  
 Are one in joy and pain,  
 Whose mutual love is known  
 But may not yet be shown.  
 With clasped hands we convey  
 The love we may not say] (Redcam, 1950).<sup>2</sup>

Ese poema de Tom Redcam, cuando afirma “Sister! the sundering Sea / divides us not from thee” (“¡Hermana!, el mar que nos separa / de ti no nos aparta”), anticipa también la idea sutil de la unión subacuática de las islas recalcada siete décadas después por Kamau Brathwaite. Caminos diversos de sentimientos compartidos que harían declarar a Alejo Carpentier la existencia de “lo que podríamos llamar ‘el folklore portuario’ del Caribe” (1958) al referirse a las *steel bands* que conociera en Barbados, idea todavía pendiente de estudios mayores.

Es cautivador verificar que desde su periodismo inicial, en Alejo Carpentier pugnaba el llamado interno a conciliar el espíritu de la vanguardia artístico-literaria y un nacionalismo que vindicaba el folklore de raíces africanas. El interés por autores de la francofonía caribeña y la indagación en temas de parentesco africano y afrocaribeño puede detectarse desde su periodismo juvenil. Justo a los dos meses de comenzar sus colaboraciones en *La Discusión*, en enero de 1923, publica una reseña a la novela *Batouala* (del escritor René

<sup>1</sup> Según indica la investigadora cubana Josefina Toledo, los famosos octosílabos de la autora puertorriqueña fueron recitados por primera vez en un banquete celebrado en 1887 en San Juan como homenaje a profesores cubanos invitados (Toledo, 2007: 65).

<sup>2</sup> Traducción al español: EJR. Todas las versiones al español de los textos citados han sido realizadas por el autor.

Maran, nacido en Martinica de padres guyaneses). En ese artículo, uno de sus trabajos iniciales de crítica literaria, se observan dos aspectos. Uno, referido a la evolución de sus conceptos sobre la lengua literaria en el Caribe, si lo comparamos con sus trabajos posteriores sobre la producción literaria haitiana. El otro aspecto que llama la atención en ese texto es el ángulo de su arremetida contra la deculturación.

Muchos otros ejemplos ayudan a entender el constante afán de Carpentier por estar actualizado en lo concerniente a la cultura caribeña, además de profundizar en sus peculiaridades y establecer vínculos de afinidad y comparación. Pudieran mencionarse sus reseñas de libros de Lydia Cabrera e Isabel Aretz; sus comentarios a la intervención de Aimé Césaire en el Congreso de Escritores Negros celebrado en París en 1956; sus descripciones de los altares del poblado habanero Regla y sus crónicas sobre las islas Guadalupe, Barbados y Margarita; su artículo sobre los huracanes, donde asevera que el “ciclón antillano habría de merecer, también, los honores de una mitología”; su comparación entre la lotería popular de la ciudad de Valera, en el Estado Trujillo de Venezuela, el “Juego de los Bichos” de Brasil y la “Charada China” de Cuba; su incursión crítica en las letras de las guarachas antillanas de la década del cincuenta del siglo XX y sobre la manera de desvirtuar ese género y la rumba al introducirlos en el cabaret como un espectáculo de doble sentido así como su “aterradora pobreza de invención en las palabras y en la música”, preocupación que mantiene una impresionante vigencia; el comentario de experimentado musicólogo sobre las *steel bands* de Barbados y Trinidad Tobago, las que poseen, según él, “una suavidad, un timbre asordinado y fino, que les comunica una extraordinaria musicalidad”; la crónica denominada “Un teatro popular” que describe una controversia entre calypsoneros (Lord Melody y King Sparrow) acaecida en el teatro Empire de Bridgetown, donde analiza sus calidades musicales, pero cuyo preámbulo demuestra un aguzado sentido de la observación e inigualable humor criollo por parte de su autor.

Precisamente, la permanencia de veintiún días en Barbados desde finales de agosto hasta el 14 de septiembre de 1958, en un punto climático de su creación, le hace exclamar risueño (a su arribo, en el aeropuerto de Maiquetía) que ha terminado de escribir en esa isla los originales de su novela *El Siglo de las Luces*. Cuando la prensa intenta conocer detalles sobre el conflicto de la obra, el autor responde que es difícil definirlo, y solamente, según el periodista refiere: “Va a decir que su trama abarca todo el ambiente del Caribe, comenzando desde el Golfo de México hasta las Guayanas, reflejando situaciones en el Golfo de Cariaco, Venezuela” (s.a., 1958:16).

A la manera en que se fue moldeando cierta predilección por una región que fue haciendo suya más allá de la circunstancia insular, contribuyó también

la peculiaridad de su etapa parisina (1928-1939) con la doble misión asumida de mostrar a los franceses, en sus inicios, la cultura cubana, y a los cubanos la cultura europea. La cultura cubana divulgada y promocionada, en buena medida, era la de raíces africanas (la moda “afrocubana” que fascinara a los sectores intelectuales), particularmente la expresión musical que irrumpió en los espacios del espectáculo francés de las primeras décadas del siglo XX. Satisfacción múltiple aportaban a su autor, pues constituían también su grano de arena al debate sobre la cultura nacional y la incuestionable reivindicación de los aportes africanos.

En carta a su madre de 1930, al enviar ejemplares de *Poème des Antilles*, Carpentier le enfatiza la perspectiva que debe destacar: “[...] en esos poemas he tratado de resumir todo el ambiente de las Antillas en general y no de Cuba en particular. Los nueve poemas se refieren a unas Antillas casi imaginarias, en donde se encuentran imágenes que lo mismo pueden sugerir Martinica, que Haití o Jamaica, mientras otros, como ‘Mediodía’ resultan especialmente cubanos” (2010: 200).

El autorreconocimiento de la condición de identidad antillana por encima de una insularidad local, en la lejana convivencia en centros metropolitanos, es reflexión que transmiten también desde París otros escritores de la región. Los contestatarios martiniqueños Étienne Léro, René Ménil *et alii*, buscan una trascendencia más allá de lo meramente isleño; para ellos, la identificación étnica se superpondrá a la insularidad al editar *Légitime Défense* (1932), pero en la declaración-manifiesto inicial del único número de la revista se definen airadamente como “antillanos de lengua francesa”, para delimitar, según confiesan, su “primer campo de acción” (1). En efecto, el campo se ampliaría sustancialmente, desde la misma capital francesa, con el surgimiento de *L'Étudiant Noir* (1934-1935), publicación animada por Aimé Césaire, Léon G. Damas (Guayana) y Léopold Sédar Senghor (Senegal).

Paralelamente, George Lamming (en *The Pleasures of Exile*) atestigua cómo, a inicios de la década del cincuenta del siglo pasado, los emigrantes anglófonos comenzaban a autorreconocerse como antillanos al arribar a Londres:

Nadie oriundo de Barbados, Trinidad o Santa Lucía, nadie procedente de una isla antillana se considera a sí mismo antillano hasta que se encuentra con otro insular en territorio extranjero. Es solo cuando la infancia barbadense se corresponde con la infancia granadina o guyanesa en detalles importantes de folklore que se llegaba a la identificación más amplia. En este sentido, la mayoría de los antillanos de mi generación nacieron en Inglaterra. La categoría de antillanos, antes comprendida como término geográfico, asume ahora importancia cultural (Lamming, 2007: 350).

En esa línea de ideas, la ensayista Anke Birkenmaier encuentra fundamento para establecer paralelos entre las concepciones ideoestéticas de Wifredo Lam y Alejo Carpentier. Coloca en la raíz de tales afinidades, entre otras, la coincidencia de vivir años formadores en Francia en cercanía con los surrealistas y el interés por la cultura afrocubana. Tal parece, ciertamente, que Carpentier alude a su experiencia misma, cuando afirma en uno de sus artículos sobre Lam: “El trópico solo suele comprenderse y sentirse cuando se regresa a él después de prolongada ausencia, con las retinas limpias de hábitos contraídos”. Aseveración que valida a la diáspora como un espacio de construcción donde se produce la renovación y relectura de la imagen cultural de la nación, en lo concerniente a los territorios del Caribe.

Vale la pena penetrar en algunos de los textos que muestran la peculiar relación de Carpentier con la historia y la cultura haitiana, para observar lo avanzado de sus ideas al someter a confrontación y diálogo el universo cultural hispanoamericano y caribeño, así como la necesidad de buscar vías de integración que tuvieran un alcance mayor que el feliz desarrollo de su obra narrativa. Será su viaje a Haití en diciembre de 1943 (acaecido tras la apertura lograda por la visita de Nicolás Guillén el año precedente con la creación de la Sociedad Haitiano-Cubana de Relaciones Culturales), lo que intensificó su entusiasmo. Visitó la ciudad de Cap Haïtien, viajó a sitios históricos cercanos como Sans Souci y la Citadelle La Ferrière; e impartió la conferencia titulada “La evolución cultural de América Latina” en Port-au-Prince.

En 1951 publica el artículo “Miremos hacia Haití” en *El Nacional* (Caracas), donde comenta la riqueza literaria y etnográfica de ese país y reclama la necesidad imperiosa de tomar en cuenta la novela haitiana cuando se trace un panorama de la literatura en Hispanoamérica. Esta declaración, sorprendente para la época, no solo constituía un puente de reconocimiento en oposición a los esquemas de delimitaciones lingüísticas en la región, sino que adelantaba una articulación insular-continental.

Poco después, el autor cubano reseñará la puesta en escena de la *Antígona* en *créole*, realizada por Félix Morisseau-Leroy. Carpentier detectó la importancia de este hecho cuando muchos estudiosos franceses se empeñaban en ignorar la existencia de una tradición literaria *créole* en el Caribe; y cuando en el resto de la América Latina, debido al aislamiento cultural, era algo forzosamente desconocido. Ciertamente, le apasiona la forma en que algunos escritores como Pierre y Philippe Thoby-Marcelin logran “una muy inteligente transposición a la lengua francesa” de los giros e inflexiones del *créole*, y les otorga el mérito “de haberse encarado con ciertas realidades [...] cuando eran vistas, en su país, con un criterio prejuiciado”.

El propio Alejo Carpentier se ocupa en responder explícitamente a través de sus crónicas a la pregunta que pudiera alguien hacerse sobre cuál era su concepto de la región caribeña, y cuáles serían los parámetros para validar sus ideas. Ya en 1951, en el mencionado artículo “Miremos hacia Haití”, había adelantado sus pautas para establecer el alcance de una región que era para él cultural y étnica, y que observaba por encima de balcanizaciones lingüísticas:

La novela haitiana nos habla de islas, de hombres, de árboles, que nos pertenecen por entero y forman parte de un Caribe que se ensancha, etnográficamente, hasta las costas de Veracruz, y casi diría que hasta las coplas que resonaban en el Sertón de Canudos, cuando Euclides da Cunha escribió su admirable libro (2012:187).

Esa oración sintetiza lo que se reconoce actualmente, desde la esfera de las ciencias sociales, como el Gran Caribe. Es, a la vez, una visión humanista, incluyente de lenguas, coherente con su defensa del *créole*, y basada en expresiones espirituales que abarcan a la par escritura y oralidad. De esa manera arribamos a la conclusión de que el Caribe carpenteriano es un Caribe cultural, insular y continental, más que uno constreñido a la geografía artificial creada por límites administrativos nacionales. Como toda definición emplazada en la geografía cultural, es evanescente e intangible, lo cual la hace más trascendente. Se trata del Caribe que fue primeramente habitado por las migraciones de autóctonos amerindios, procedentes de la Cuenca del Orinoco, que tan acertadamente describiera en una de sus crónicas de la Gran Sabana, con articulaciones humanas y culturales fluvial-marítimas que mantienen vigencia desde Ciudad Bolívar (Angostura) hacia el Golfo de Paria, y allí, desde Güiría hacia Trinidad y Tobago. Es el Caribe irradiado luego por la presencia forzada de africanos trasplantados, que se expande como sus crónicas hacia los cuatro puntos cardinales con un perenne trasiego y diálogo cultural entre Tierra Firme e insulas.

Ese Caribe suyo, hoy se inserta en las concepciones pancaribeñas, que tenían como antecesores cercanos, cuando fueron escritas algunas de sus colaboraciones en la prensa —en los años cuarenta del pasado siglo—, al pensamiento del jamaicano Walter Adolphe Roberts, del colombiano Germán Arciniegas y del trinitario Eric Williams.

*The Caribbean: The Story of Our Sea of Destiny*, del jamaicano Walter Adolphe Roberts, publicado en 1940, constituye un hito en el engrosamiento de la visión regional. Texto voluminoso, docto y serio en el análisis de los hechos, con afán por divulgar la historia regional sin mucho ruido en el despliegue bibliográfico, que se contrapone a las teorías del “interés nacional” para justificar una frontera marítima estadounidense más allá de las costas estrictamente nacionales, centrada en los afanes hegemónicos de los Estados Unidos.

Esa historia general del Caribe de Roberts es un volumen parcial e injustamente olvidado por la historiografía regional, a pesar de constituir, por sus enfoques, un vuelco con las obras precedentes, que se anticipó a la vez en cinco años a la *Biografía del Caribe* de Germán Arciniegas (1945), (aunque sin el derroche del anecdotario y la erudita gracia del colombiano). El propio Arciniegas reconoció implícitamente la deuda historiográfica con ese y otro libro precedente de Roberts, al incluirlos en siete ocasiones en la escueta bibliografía que colocó al final de cada capítulo de su libro. Norman Girvan alertaba hace unos años la cercanía de los textos de Roberts y Arciniegas como pioneros de una conciencia pancaribeña más amplia (2001), que la investigadora Johanna von Grafenstein sigue de cerca al señalar que en ambos encontramos “la acepción de un Caribe ampliado” (2003). Esa singular historia del Caribe que escribió Roberts, es además texto precursor en el área anglófona en cuanto a su proyección como análisis regional más allá de los compartimentos estancos derivados de las divisiones metropolitanas o lingüísticas. También se adelantó a un texto que tuvo el mismo ánimo abarcador, *Les Antilles décolonisées* del francés Daniel Guérin<sup>3</sup> publicado inicialmente en 1956, y que tuviera rápida difusión al aparecer poco después en los otros dos idiomas más extendidos de la región.<sup>4</sup>

Precisamente la década de los años cuarenta del siglo XX va a contribuir a afianzar las ideas de Roberts sobre el Caribe, no solo en lo que atañe a su proyección personal, sino en el entrecruce de tendencias que es materia de debates como pronóstico hacia la etapa posbélica. En 1943 participa en representación de la Jamaica Progressive League en la Conferencia “The Economic Future of the Caribbean”, organizada en Howard University por Eric Williams y E. Franklin Frazier, en la cual coincidiría, entre otros, con Sir John Huggins (Gobernador de Jamaica desde 1943 hasta 1951), el trinitario C. Augustin Petioni (Presidente del West Indian National Council de New York), el abogado independentista puertorriqueño Gilberto Concepción, el economista cubano Felipe Pazos (*attaché* comercial de la Embajada de Cuba en Washington), Rayford W. Logan (asesor del Coordinador de Asuntos Interamericanos), S. Burns Weston (Secretario de la sección estadounidense de la Anglo-American Caribbean Comisión), y académicos como C. Wright Mills y

<sup>3</sup> Traducido al español como *Cuatro colonialismos sobre las Antillas* (1959) y al inglés como *The West Indies and their Future* (1961).

<sup>4</sup> Luego de la publicación de *The Growth of the Modern West Indies* (1968) de Gordon K. Lewis, una eclosión de autores caribeños publicarán títulos con una visión pancaribeña, entre ellos, Juan Bosch, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro; el Caribe frontera imperial* (1970); Eric Williams, *From Columbus to Castro* (1970) y Gérard Pierre-Charles, *El Caribe a la hora de Cuba* (1980).

Fr. Basil Matthews. Aunque no pudo estar presente el día que le correspondía, el historiador estadounidense Leland H. Jenks presentó un texto que luego se publicaría con el resto de los documentos.<sup>5</sup>

Sería imposible hacer una detallada enumeración de la importancia que tenían (y adquirirían en el futuro) los participantes de ese cónclave. Algunos son harto conocidos por su trayectoria intelectual y desempeño político, como Eric Williams. Pero no es impropio acercarse a otros, a manera de ejemplo de la envergadura de esa reunión.

C. Augustin Petioni (1883-1951) contaba con una trayectoria como periodista que reportaba las injusticias del poder colonial en su isla natal Trinidad y había fundado un banco popular conocido por “Penny Bank” en 1914; emigró a los Estados Unidos, culminó estudios de Medicina y estuvo vinculado a la UNIA de Garvey. Por otra parte, Gilberto Concepción (1909-1968), luego de terminar estudios de Derecho en la Universidad de Puerto Rico se estableció en New York en 1936, donde fue abogado defensor del líder Pedro Albizu Campos y colaboró con el congresista Vito Marcantonio; más tarde regresó a Puerto Rico para organizar el segundo Congreso Pro Independencia en 1944 y en ruptura con la línea política de Luis Muñoz Marín fundó en 1946 el Partido Independentista Puertorriqueño; desde 1952 hasta 1960 representó al sector independentista en el Senado y dedicó a esa lucha toda su vida. Finalmente, Felipe Pazos (1912-2001) se formó como economista en la Universidad de La Habana, en 1944 representó a Cuba en la conferencia de Bretton Woods que crearía el Fondo Monetario Internacional y formó parte de su *staff* desde 1946; dirigió el recién creado Banco Nacional de Cuba (1950-1952); apoyó la lucha insurreccional luego del golpe de Estado de Fulgencio Batista y en 1957 —junto con Fidel Castro y Raúl Chibás— firmó el Manifiesto de la Sierra Maestra y se vio obligado a abandonar el país. Al triunfo de la Revolución regresó a Cuba y fue designado nuevamente Presidente del Banco Nacional, cargo al que renunció en 1959; más adelante trabajó en el Banco Inter-Americano de Desarrollo.

Aunque no es este el espacio para efectuarlo, el análisis de esa conferencia es crucial para los desarrollos posteriores del pensamiento caribeño, tanto en cuanto a los proyectos que se avizoraban para el desenvolvimiento de la región, como en lo que compete a la importancia y función de la diáspora caribeña en Norteamérica, sostenedora de consecuentes posiciones de rechazo, mediante acciones masivas de protesta, a un posible cambio de soberanía de los territorios británicos hacia la tutela estadounidense durante los años de la Segunda Guerra

<sup>5</sup> Las intervenciones de los participantes en la Conferencia se recogieron en un volumen al año siguiente, E. Franklin Frazier, Eric Williams, eds., *The Economic Future of the Caribbean* (1944). Al cumplirse sesenta años de esa publicación, apareció una reedición, en 2004.

Mundial, y propugnadora de procesos de autogobierno en esos territorios bajo el dominio británico (Petioni, 1944: 33-36). Precisamente, Roberts es el único participante que tiene dos intervenciones en esa conferencia que se colocan en ambos sentidos. La primera se ocupa del tema “The Future of Colonialism in the Caribbean: the British West Indies”, mientras que la segunda forma parte de una mesa redonda dedicada a debatir planes y sugerencias acerca del sustento futuro de la población caribeña, donde presenta un “Report on the Conference of the Jamaican Associates, Inc.”

Se puede afirmar que esa conferencia estableció un antes y un después, principalmente en lo que se refiere a los territorios bajo el control colonial británico; un ajuste de cuentas con el antiguo esquema colonial y la proyección de nuevas alternativas sin vuelta atrás, una vez terminada la contienda bélica mundial.

Con los mencionados antecedentes, tampoco es de extrañar que en esa década del cuarenta del siglo XX, W. A. Roberts publicara dos novelas localizadas en el Caribe hispano. La primera, *The Pomegranate* (1941), se ubica en la geografía de una isla imaginaria denominada Caribbea, mientras que la segunda, de ambiente específicamente cubano, se titula *The Single Star* (1949). Obra de madurez, no solo por ser la última novela de Roberts, sino por confluir en ella una suma de características que constituyen los elementos de su estilo de novelar anterior (el tema histórico, la trama policial, la construcción romántica de personajes y situaciones), todo ello con una óptica donde impera también la maduración política cuando expone mediante los diálogos entre personajes los peligros del intervencionismo en el Caribe, la amenaza creciente de las tropas de *marines* estadounidenses ante cualquier opción de independencia para los países de la región. Sin lugar a dudas, la evaluación de los hechos históricos está cargada de la experiencia de la época en que Roberts escribió la novela, a finales de la década del cuarenta. Así lo podemos constatar a través de un diálogo del protagonista con familiares y amigos: “Quiero un gobierno local que tenga primero en mente el bienestar de Jamaica, y quiero una administración local en la cual los jamaicanos participen en el poder”.<sup>6</sup> Y más adelante, el narrador omnisciente hace un resumen de las actitudes del momento:

La cuestión de si era posible o incluso deseable en un país como Jamaica excluir al hombre de color de tomar parte en los asuntos públicos fue debatida por los jóvenes así como sus padres. Casi todos ellos sentían que los individuos verdaderamente capaces deberían ser acogidos independientemente de su color.

<sup>6</sup> “I want a home government that keeps the welfare of Jamaica in mind, and I want a local administration in which Jamaicans share the power” (Roberts, 1949: 63).

[The question whether it was possible or even desirable in a country like Jamaica to bar the colored man from taking a part in public affairs was debated by the young fellows as well as their fathers. Nearly all of them felt that really able individual should be welcomed irrespective of color] (Roberts, 1949: 64).

Roberts aprovecha también la oportunidad para hacer disquisiciones comparadas sobre las relaciones colonia-metrópoli, al suponer las reacciones que tendría el reclamo del autogobierno para Jamaica en algunos sectores poblacionales. Gordon K. Lewis establece precisamente la articulación de esa novela con la evolución de las ideas nacionalistas en el momento de su publicación, así como su aspecto simbólico y catalizador:

El fermento intelectual general de este último período de la década del treinta pudiera igualmente observarse en la aparición de novelas, como *The Single Star* de Adolphe Roberts, que representa el tema de la lucha anticolonial de un nacionalista liberal; en libros como *Jamaica Awakening* (1943) de Nembhard; en la poesía de protesta social de Campbell y McKay (1968: 174).

[The general intellectual ferment of this later period of the 1930's could likewise be seen in the appearance of novels, like Adolphe Roberts' *The Single Star*, dramatizing the theme of the anti-colonial struggle of a nationalist liberalism; in books of like Nembhard's *Jamaica Awakening* (1943); in the poetry of social protest of Campbell and McKay.]

La expansión de las motivaciones de Roberts más allá de las fronteras lingüísticas y culturales confinadas por una educación colonial británica, es lo que hace precisamente afirmar a Gordon K. Lewis:

Ha sido raro, incluso para la *intelligentsia* antillana, que pudiera haberlo hecho mejor, mirar más allá del horizonte de su sociedad como una dependencia cultural inglesa, y una excepción como el desaparecido Adolphe Roberts, cuyo libro *The French in the West Indies* lo señaló como un nacionalista romántico jamaicano de convicción latina más que anglosajona, solamente confirma la regla general (1968: 70).

[It has been rare even for the West Indian intelligentsia, who might have done better, to look beyond the horizons of their society as an English cultural dependency, and an exception like the late Adolphe Roberts, whose book *The French in the West Indies* marked him off as a romantic Jamaican nationalist of the Latin rather than of the Anglo-Saxon persuasion, only proves the general rule].

A estas alturas, podemos afirmar la existencia, desde inicios de la década del cuarenta (con la publicación de su obra histórica *The Caribbean*), de tres

aspectos que se imbrican en el pensamiento de Roberts, a partir de una asimilación de fuentes diversas del pensamiento liberal avanzado: 1) el autogobierno como una necesidad imperiosa para librarse de estructuras obsoletas de la administración colonial, 2) la concepción del Caribe como un conglomerado a ser construido desde el interior mediante el conocimiento e incorporación de su diversidad, y 3) la cultura encaminada a moldear y tributar a la nacionalidad.

Estas pautas serán las que lo conducirán a escribir una novela ejemplar como *The Single Star*, concentrada en ilustrar las capacidades de los pueblos caribeños para determinar su destino y construir un futuro propio, a partir de un hecho histórico donde se enfrentan dos concepciones opuestas del posible destino regional. La novela se ubica en la corriente central de su pensamiento de dar a conocer a la opinión pública, tanto a través del periodismo, los estudios históricos como la ficción, lo siguiente:

- 1) La capacidad de la comunidad (población) jamaicana para el autogobierno, avalada por la experiencia de otros territorios caribeños que ya lo ejercían;
- 2) La existencia de un destino compartido por los habitantes del Caribe (el *Sea of Destiny*), en contraposición al Destino Manifiesto norteamericano y a la concepción de una inconmensurable frontera marítima en el Golfo;
- 3) La importancia del fortalecimiento y divulgación de los valores de la cultura nacional para afianzar una conciencia ciudadana propia;
- 4) La concepción del espacio de la administración gubernamental como un área de participación con la presencia y actuación de todos los componentes raciales de la ciudadanía.

La ya aludida concepción del Caribe de Alejo Carpentier y otros autores antes mencionados, muestra también semejanzas con la geografía cultural edificada por el poeta y ensayista guyanés Arthur J. Seymour (1914-1989). Como editor de la revista *Kyk-over-al* (fundada en 1945, en el ámbito de la postguerra, con un objetivo local inicial), Seymour comenzaría tempranamente a saltar barreras intrarregionales. Primero, con la incorporación de artículos de colaboradores que brindaban una perspectiva cultural del conjunto Caribe de lengua inglesa, así como panoramas de la poesía anglófona y francófona. Ya en 1949, Seymour afirmaba: “A lo largo del Caribe [*West Indies*], ha habido un florecimiento de la literatura y las artes que demuestran que una nación ha nacido en la región”, para enseguida aludir a una “literatura nacional” que abarcaba a las Antillas de lengua inglesa y Guyana (1949b: 31). Se refería, indudablemente, a un concepto de nación cultural multiterritorial. Más tarde, añadiría la colaboración de un abanderado del “Caribe latino”, justamente W. A. Roberts quien, debido a las características de su formación y proyección como historiador y novelista, publicaría su artículo “Latin Caribbean Culture” (1952: 32-36). Allí se ponen de manifiesto sus conocimientos literarios pancaribeños y la

expansión de su inquietud hacia otras áreas lingüísticas del Caribe, pues ofrece un panorama literario y artístico sobre los territorios de lengua española y francesa del Caribe desde el siglo XIX, que revela además un conocimiento de figuras representativas no solo del pasado sino también de la producción más reciente. El recorrido que realiza, aunque escueto, incluye traducciones al inglés realizadas por el mismo Roberts de poemas de José Martí y Edmond Laforest. Abarca también autores de las generaciones precedentes y escritores coetáneos, pero lo más sugestivo de ese texto es la explícita comparación con el resto de la región, siempre bajo premisas que han sido develadas aquí previamente. Sus conclusiones, a manera de establecer comparación con los territorios anglófonos, son las siguientes:

Es posible formular una ley: en la medida en que un pueblo está satisfecho de ser gobernado como colonia, su cultura será imitativa y exigua. Lo opuesto, por supuesto, no es necesariamente verdadero. Algunos pueblos tienen poco instinto cultural, y la simple autoestima no se los dará. Pero el empuje es fuerte a través de las Antillas. Podemos aprender mucho mediante el estudio de expresiones que se encuentran a nuestras puertas.<sup>7</sup>

Para simplificar la trayectoria de A. J. Seymour, digamos que sería el preclaro espíritu asesor de una Conferencia de Escritores y Artistas en Guyana (1966) que se convertiría en la plataforma para propiciar la fundación de CARIFESTA en 1972, con un perfil que abarcaba desde sus inicios el área insular y los territorios continentales de la Cuenca Caribeña.

El diálogo a la distancia, quizás sin conocimiento mutuo ni sincronía, entre Seymour y Carpentier, se observa si analizamos algunos artículos del primero. En su texto "Open Letter to West Indian Writers" (1949a: 23-27), que comienza con preguntas a lo Jean Paul Sartre en torno a por qué, sobre qué escribe o debe escribir (el escritor caribeño), y qué puede tomarse de los centros metropolitanos de Gran Bretaña y los Estados Unidos de América para ayudar a construir una tradición caribeña propia, aparecen resumidas ciertas preocupaciones y respuestas que se evidenciarán a lo largo del itinerario intelectual del cubano, en sus ensayos y crónicas.

<sup>7</sup> "It is possible to formulate a law: In the degree that a people is satisfied to be ruled as a colony its culture will be imitative and meagre. The opposite, of course, is not necessarily true. Some peoples have little instinct for culture, and mere self-assertiveness will not give it to them. But the impulse is strong throughout the West Indies. We can learn a great deal by studying the expression it has found at our doors" (Roberts, 1952: 32).

Seymour puntualiza la existencia de peculiaridades (los “contextos” sar-treanos, según Carpentier) que forjan la diferencia en el área:

La claridad de expresión, el poder y la economía de recursos son deseables en cualquier lugar pero, al interpretar los valores de su sociedad, el caribeño anglófono escribe en una tradición donde el Sol crea profundas sombras en el suelo, donde el repentino crecimiento de la vegetación es algo casi visible, donde en la sociedad, y quizás en su propia sangre, hay hebras mezcladas de temperamentos de distintas razas que viven en paz una con otra (1949a: 24).

Insiste además en la idoneidad del escritor regional para develar sus pensamientos y circunstancias, con palabras de extraordinario parentesco con las del cubano: “El caribeño escribe para dejar que aquellos en casa y en el extranjero vean la actitud mental caribeña expresarse; tarea y deber que ningún otro puede desempeñar por él” (1949a: 24). Aborda, además, las disyuntivas del escritor caribeño radicado en las metrópolis, alerta sobre la costumbre de aceptar lo importado como lo mejor, y alude a la incapacidad de los foráneos para establecer valores críticos sobre su producción: juzga con severidad la inoperancia de ciertos patrones preceptivos británicos o norteamericanos para evaluar obras caribeñas (menciona, si se traduce al pie de la letra, la “relativa incapacidad para entender plenamente lo que el escritor caribeño trata de expresar”).

Mientras Seymour incluía en 1949 tales disquisiciones en su revista, en el jardín caribeño donde tantos senderos confluyen Carpentier publicaba *El reino de este mundo*, cuyo fondo histórico era la Revolución Haitiana. Simultáneamente, con un estilo muy distante a ella, W. A. Roberts lanzaba su novela *The Single Star*, basada en la reconstrucción de incidencias de la guerra de independencia cubana de 1895-1898, en la cual la zona oriental del país es escenario principal. Año similar a la aparición de *New Day*, del jamaicano V. S. Reid, sobre la rebelión de Morant Bay de 1865. Tríada de novelas concurrentes que abordan momentos culminantes de las respectivas gestas nacionales en el mismo triángulo histórico-geográfico de la llamada Cultura del Paso de los Vientos de Antonio Benítez Rojo.

*The Single Star* puede ser vista además en tanto una versión anglófona de otras novelas de aliento transcaribeño en sus personajes y geografía, que poblarían el espacio literario en la década de los años cuarenta del siglo XX, como fueran *Gobernadores del rocío* de Jacques Roumain (escrita en 1944 y publicada al año siguiente) y la ya mencionada *El reino de este mundo* de Alejo Carpentier.

Ciertamente otro tanto se pudiera obtener, si proseguimos a la caza de pruebas que acrediten también la existencia de vasos comunicantes, en este

caso estilísticos, de Alejo Carpentier con otros autores caribeños, por encima de separaciones lingüísticas, como serían, solo a manera de ejemplos palpables, Jacques Stéphen Alexis en Haití y Wilson Harris en Guyana.

De tal manera, intelectuales como Carpentier, Roberts, Arciniegas, Williams y Seymour (con un particular entrecruce de ideas en expansión) han participado en la construcción del Gran Caribe como una entidad histórica y espiritual. Estos apretados apuntes, aunque se aproximan por su escueta enumeración a una guía telefónica, tratan de delinear los antecedentes que han contribuido a forjar una visión del espacio cultural pancaribeño.

## BIBLIOGRAFÍA

- ARCINIEGAS, Germán (1945), *Biografía del Caribe*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- BOSCH, Juan (1970), *De Cristóbal Colón a Fidel Castro; el Caribe frontera imperial*. Madrid: Alfaguara.
- CARPENTIER, Alejo (1958), “Música del Caribe”, en *El Nacional*, Caracas, 16 de septiembre.
- (2010), *Cartas a Toutouche*, textos introductorios y notas de Graziella Pogolotti y Rafael Rodríguez Beltrán. La Habana: Fundación Alejo Carpentier-Editorial Letras Cubanas, Biblioteca Alejo Carpentier, Documentos.
- (2012), *Crónicas caribeñas*, selección y prólogo de Emilio Jorge Rodríguez. La Habana: Fundación Alejo Carpentier-Editorial Letras Cubanas, Biblioteca Alejo Carpentier, Documentos.
- FRAZIER, E. Franklin y WILLIAMS, Eric, eds. (1944), *The Economic Future of the Caribbean*. Washington: Howard University Press.
- GIRVAN, Norman (2001), *El Gran Caribe*. Port-of-Spain: John Clifford Sealy Memorial Lectures, April 5.
- GUÉRIN, Daniel (1956), *Les Antilles décolonisées*. Paris: Présence Africaine.
- LAMMING, George (2007), *Los placeres del exilio*, trad. María Teresa Ortega Sastrique. La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas, Col. Literatura Latinoamericana y Caribeña, núm. 159.
- Légitime Défense* (1932), núm. 1, 1er. juin.
- LEWIS, Gordon K. (1968), *The Growth of the Modern West Indies*. New York: Monthly Review Press.
- PETIONI, C. Augustin (1944), “West Indians and the Post-War World”, en FRAZIER, E. Franklin y WILLIAMS, Eric, eds., *The Economic Future of the Caribbean*. Washington: Howard University Press, 33-36.

- PIERRE-CHARLES, Gérard (1981), *El Caribe a la hora de Cuba*. La Habana: Casa de las Américas. Colección Premio.
- REDCAM, Tom (ca. 1950), "Cuba", en ROBERTS, W. A. y BENNETT, Wycliffe, eds., *Anthology of the Poetry of the West Indies*. Digital Library of the Caribbean, University of Florida Digital Collections. [Manuscrito mecanografiado.]
- ROBERTS, W. A. (1940), *The Caribbean: The Story of Our Sea of Destiny*. Indianapolis: The Bobbs-Merrill Co.
- (1952), "Latin Caribbean Culture", en *Kyk-over-al*, vol. 5, núm. 15, 32-36.
- (1941), *The Pomegranate*. Indianapolis: The Bobbs-Merrill Co.
- (1949), *The Single Star*. Indianapolis-New York: The Bobbs-Merrill Co.
- RODRÍGUEZ, Emilio Jorge (2001), "La Guerra de Independencia cubana (1895-1898) en las letras antillanas", en *Acriollamiento y discurso escrit/oral caribeño*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 84-107.
- SEYMOUR, A. J. (1949a), "Open Letter to West Indian Writers", en *Kyk-over-al*, vol.2, núm. 9, 23-27.
- (1949b), "The poet of Guiana, Walter Mac A. Lawrence", en *Kyk-over-al*, vol. 2, núm. 2, 31.
- S.A. (1958), "Alejo Carpentier anuncia: la terminación de su sexta novela", en "El Siglo de las Luces", *El Nacional*, Caracas, 15 de septiembre, 16.
- TOLEDO, Josefina (2007), *Lola Rodríguez de Tió*. La Habana: Ediciones UNIÓN.
- VON GRAFENSTEIN, Johanna (2003), "Concepciones espaciales y visiones imperiales: el Caribe en la época de reformismo borbónico", en *Cuicuilco*, vol. 10, núm. 29, 1-26.
- WILLIAMS, Eric (1970), *From Columbus to Castro*. London: André Deutsch.